

ANSIAR NOVIO
EL DESEO DE SER QUERIDA
Su causa, su verdadera naturaleza y su remedio

Querido Padre,

Acabo de leer apenas una pequeña parte de una de las fichas de “Preparación al matrimonio”. Como estoy en el trabajo, no puedo leer con demasiada holgura, me pareció muy hermoso su forma de redactarlo, de escribir y de explicar esto de la “amistad matrimonial” o del noviazgo, me ayudó mucho a entender y a entenderme, muchas veces me ha pasado esto del amor concupiscente, hoy mismo le pedía a Jesús sacramentado en mi visita diaria antes del trabajo, que me ordenara interiormente, estaba sintiendo mucha soledad y bueno, de ahí las consecuencias, un desorden total de mis pasiones. Aunque no he llegado a pecar concretamente, pero me trajo mucha desolación y tristeza. Quiero aclararle que no estoy de novia, pero era eso lo que interiormente estaba reclamando y anhelando. Un “Amigo” capaz de contenerme, de amarme hasta el extremo, yo estaría dispuesta a hacer lo mismo, pero me es muy difícil encontrar a alguien así. Cómo no he leído el resto de las fichas, no sé si comenta por algún lado esta dificultad de “encontrarse” y del tiempo de “espera” creo que fue eso lo que me desordenó en estos días, el haberme cansado de esperar, y el tiempo no llega, ahora me siento más serena interiormente, después de orar en el santísimo, vuelvo al cauce, hacia mi Dios.

¡Que difícil es! Bueno mi querido Padre, cierro los ojos, inclino mi cabeza y espero su bendición, un abrazo en el Espíritu.

Pierina

Mi querida hija Pierina:

Tu testimonio es hermoso y sincero. Expresa la universalidad del alma de la mujer joven, herida por el pecado de su madre Eva. Expresa la herida que debe ser sanada y solamente la vuelta al Padre puede sanar. Esa sanación la hace libre para encontrarse con el varón sin compulsiones, sin afán de conquista o de posesión afectiva, sin ansias de apoderamiento por la vehemente concupiscencia de ser amada.

Esa manera de encontrarse con el varón, redimida, de hija libre, es también sanadora para él. El varón huye del afán posesivo que experimenta o intuye en la mujer. Un afán que a veces se manifiesta en celos vehementes, nacidos del temor de perder el amor que una tanto buscó, y que ve que otras están buscando. Y nacidos también de caer en la cuenta de que él también mira a otras, para cuyos encantos no es insensible. De ahí que si antes de encontrar al novio se ha sufrido la soledad, después de encontrado sobrevenga un tormento peor: el miedo de perderlo; de ser abandonada.

Si el alma de la hija no encuentra consuelo en la compañía del Padre, lo buscará en las creaturas. Pero cuando encuentra el consuelo de las creaturas, experimente que junto con el consuelo del encuentro viene, en el mismo paquete, el pánico de perder lo encontrado. Por eso, no encontrar el verdadero consuelo en Dios y andar mendigándolo de las creaturas, eso, eso mismo es una herida producida por el pecado original en el alma de la mujer. Esa incapacidad de encontrar el consuelo en el amor a Dios, es la *acedia*, la incapacidad de gozarse con el bien divino, de sentirse acompañada por el Tú divino y poder decirle con verdad: "Tú eres mi bien" (Salmo 15, 2). Es la ceguera de la Magdalena en el Huerto, de la que debe ser sanada por la palabra de Jesús Resucitado. Por eso, no te canses de visitar a

Jesús sacramentado. Y aún en medio de tu desolación no te canses de preguntarle dónde han puesto a tu Señor.

El alma herida de la hija de Eva tiende, por eso, sin darse cuenta, a *endiosar* al varón, reclamando de él lo que Dios solamente puede darle.

Porque también en el matrimonio se pasa soledad, ya que el otro nunca puede sanar el hambre del alma. Un hambre que la acedia agudiza y no sana, pero que impulsa a querer saciar cebándose en las creaturas. Pero así, ella se convierte en mujer devoradora del que la ama y de los que ama. ¿Se convierte? No, en realidad es eso lo que *ya es* por la herida del pecado. Si es sanada de esa herida por la gracia, entonces *es convertida* en la mujer oblativa, a la cual Dios puede confiarle a los que él ama, en calidad de esposo, de hijos, pero antes: de padre, madre, hermanos y hermanos, cuñadas y cuñadas...

La sanación, el *ser convertida*, no es otra cosa que *la misma divina regeneración*. Es el ser reengendrada como hija de Dios que puede descansar en su condición de creatura, libre de pánicos, sin necesidad de atentar el ejercicio ilegal de la divinidad ni la usurpación de la divina Providencia, sin necesidad de planearse ella misma su destino. Porque lo planeará huyendo de sus fantasmas interiores y no de cara al Padre, recibéndose a sí misma como un don de su amor. No es por carecer de novio, sino por no poder estar así ante el Padre que el alma de la mujer se siente sola y triste, como dice el salmo 42: *¿Por qué estás triste alma mía?*

Te agradezco mucho tu testimonio, y pido al Padre que te haga *Upa*, para que no andes como niña perdida... es muy peligroso... se pega a cualquier desconocido que le dé un caramelo; se la lleva o la rapta cualquiera.

Estoy leyendo un libro que se llama "Mujeres que aman demasiado" y ha instalado el tema de las mujeres sedientas de amor que no saben esperar un hombre y que salen a conquistar uno, al que quieren convertir en enamorado a toda costa, aún cuando él no lo es ni jamás llegará a serlo. En realidad, no son mujeres que aman demasiado, sino mujeres que desean demasiado ser amadas. Ellas se meten en la máquina de picar carne de su propio deseo de merecer el amor del que no la ama. Se autoconvencen de que lo conquistarán a fuerza de complacerlo. Y ¡oh inconsecuencia! si aparece en el horizonte uno *no esperado*, llega como por el ángulo del ojo, les cuesta verlo, y aunque realmente viene atado de pies y manos, no saben qué hacer con él. No sienten hacia él nada de lo que están sintiendo hacia la presa que tienen en la mira: "no siento nada por él dicen", cuando en realidad deberían caer en la cuenta de que "no sienten lo mismo que por sus presas". Y dejan pasar al que las ama, porque no saben recibir el amor, sino que están empeñadas en conquistarlo.

Creo que la liberación del corazón femenino para encontrarse, con aquél que el Padre les destina - o mejor dicho, para darse por encontradas y descubiertas por él -, está en renunciar a 'cazar' uno, e incluso en el aceptar la posibilidad de que la voluntad del Padre no sea para ella el que se case y sea madre. En esa renuncia del propio querer en las manos del Padre, está la libertad, la sanación, la regeneración que la hace hija, obediente, renunciante a su propio querer para que "se haga en mí según tu palabra". De la obediencia filial que acepta la muerte saca el Padre para realizar sus designios con su hija.

¿Pero qué pasa cuando la hija de Eva persiste en su propósito de buscar remedio a su soledad en un varón, aunque sea aquél que verdaderamente la ama? Pasa que, aunque el varón ame verdaderamente a una mujer, como él mismo está herido por el pecado original, en el mismo lugar y momento que debería darse el encuentro más profundo, se produce una frustración del encuentro. No una frustración culpable sino no querida, inevitable, en la que precisamente consiste la herida del pecado original que debe ser sanada.

Como él y ella han sido heridos de diversa manera se produce un malentendido y un desencuentro. Esto produce una dolorosa frustración de las expectativas. Y si no están avisados, se inclinan a culpar al otro de lo que es una herida inculpable en el otro.

Cuando no a atribuir a culpa del otro lo que es en realidad un efecto de la herida propia. Ella lo culpa a él de su involuntaria regresión a lo instintivo con eclipse de la capacidad relacional. Él la culpa a ella de una posesividad afectiva a la que no sabe responder.

En vez de culparse, los hijos de Dios deben compadecerse el uno al otro comprendiendo cuál es la herida del otro. Cada uno debe renunciar a la forma propia de posesividad: ella a la posesividad afectiva y él a la posesividad instintiva, física. Digo renunciar, pero no es del todo justo decirlo, porque no es algo del todo voluntario, sino en gran parte *pena*, involuntaria, no querida, del pecado original. Sólo que como es *pena ignorada*, se toma como un dato de hecho de la naturaleza. Se considera natural, lo que es en realidad una herida en la naturaleza y como normal, lo que es una situación de naturaleza caída.

Así que para que se dé el encuentro, debe darse en el matrimonio la renuncia bautismal, que es renuncia a sí mismo para darse al otro a la manera como el otro lo necesita y con la esperanza de que sea sanado de esa necesidad herida. Por eso el matrimonio es sacramento de sanación y ejercicio oblativo, ejercicio de don misericordioso de sí mismo por amor al otro y por compasión con su herida, al mismo tiempo que esa misericordia nace del conocimiento de la propia herida, de la misericordia consigo mismo y del propósito de renunciar a todo lo que impida ser sanado por el Espíritu Santo filial.

¿Te sirve hija?
tu padre en Cristo